

2

Bredamor de Gou Bur

Segunda Era de Continenthar. Año 406

El hogar del matrimonio de Ceires y Eliese estaba preparándose para recibir a su primer hijo. Los intentos no habían sido pocos, ya que deseaban tener descendencia con premura. Ceires era hijo de Eabert, fundador del Reino de Gou Bur. Sin embargo, ni su padre ni su madre vivían. Al progenitor se le había rendido homenaje con una lujosa estatua de bronce que adornaba la fuente principal de la villa. A su madre, Haitgena, se le dedicaron unas adelfas impresionantes y coloridas en torno a ella. En ese momento, en la ciudad no había un gobernador que la representase, sino que el pueblo lo hacía en su lugar.

Volviendo a la escena principal, Eliese dio a luz a un hermoso varón con una buena panza y color rosado. El parto, dentro de las dificultades que presenta, resultó largo y doloroso, ya que Eliese era primeriza. Como madre orgullosa de sus esfuerzos y de su cariño engendrado, recibió al mundo un niño al que, nada más asomarse, alzó en brazos y comenzó a maravillarse con él.

—Mi niño, hijo mío, ¡qué grandes alegrías nos vas a brindar! ¿Verdad que llenará la casa de felicidad en poco tiempo, Ceires? —dijo Eliese.

Este, absorto por la situación y algo parco en palabras, trataba de escoger el nombre correcto para el pequeño. Lo curioso vino cuando ninguno de los dos se puso de acuerdo para elegir uno. Tan sencillo y, al mismo tiempo, tan dificultoso. Ceires sugería recordar el del fundador de Gou Bur, idea que a Eliese no le agradaba demasiado.

—Eliese, ¿por qué no llamamos al pequeño como mi padre? Es un nombre meritorio y de seguro respetado —comentó Ceires.

Sin embargo, para Eliese aquellos tiempos ya habían expirado y era momento de renovar la familia con uno fresco y que no atañera a ancestros ni fundadores. Al mismo hilo que Ceires y Eliese discurrían sus planes, la matrona se despidió de ellos, deseándoles que el pequeño les aportase felicidad infinita. Y así, tras un periplo, Eliese atinó finalmente por ponerle a su hijo un nombre.

—Hijo mío, te harás llamar Bredamor. Bredamor de Gou Bur. Es muy poco frecuentado por aquí y no quiero que te sientas incómodo más adelante con acertijos acerca de tus raíces o comparaciones erróneas —expresó Eliese.

Fue una decisión correcta; al menos Ceires no se opuso a ella, aunque en el fondo hubiera deseado otra denominación.

—Eabert solo habrá uno; aquellos tiempos ya han concluido. No por ello desprestigiamos al fundador de Gou Bur en absoluto. De seguro que Bredamor será recordado en el futuro..., ¿verdad que sí? —Eliese rio al mirar el rostro adormecido del niño.

Ceires dejó a un lado el capítulo de los nombres y de las adivinanzas para pensar en el grandioso hecho de convertirse en padre. Sonriendo a Eliese, le dio un gran abrazo y la besó en la frente. Después de unos minutos, cansada por el parto, se tendió mientras Ceires retiraba al pequeño de los brazos de su madre. Lo miró y acarició delicadamente mientras le cantaba una canción de las tierras del sur.

De la tierra dulce y fértil que la semilla brotó,
atendiendo y recibiendo región y reino,
la flamante huella del destino clavase en tu sino.
Causa de muerte y portador de excelsa vida
entre la consumación de un deseo,
luciente en el crepúsculo.

Entre los secretismos del porvenir,
adelantase la mirada ante el pensamiento
y encanecida figura detenga el tiempo y la razón.
Cantemos las gracias y los felices
bien llegados cuales gaviotas
surcan Soury y Crepuscular.
Despertado del sueño ancestral
y arropado al tiempo del vivir,
deseo cumplido y anhelo bien culminado.

Bredamor fue creciendo en compañía de sus padres. Su escaso contacto con el mundo exterior causó una relación muy estrecha con ellos. Su timidez no le impedía disfrutar de una niñez llena de aventuras y juegos. Bredamor iría conformando su propia personalidad; la ciudad costera de Gou Bur, sus padres y la inocencia que lo caracterizaba no podrían ser mejor carta de presentación para este nuevo habitante de El Continente. A medida que Bredamor comenzaba sus primeros pasos, Ceires y Eliese anhelaban presentarlo a los reyes de Dhar. Cada nuevo nacimiento que tenía lugar en las tierras del sur podría gozar de un pequeño privilegio: recibir de Sandor y Asha de Dhar una muestra de su bendición y protección. No tardarían mucho en llevar al pequeño hasta el reino. Ese mero hecho indicaba que un sentimiento de madurez y seguridad se imprimía en el corazón de los nuevos pobladores de El Continente.

Caminaron por las calles de Gou Bur, contemplando los amaneceres y los fuegos del faro del puerto, que cada noche arropaba la llegada de los navíos hasta el hogar. En una de las salidas al océano Soury, observaron cómo Bredamor fijaba su mirada en el horizonte de una forma más extasiada de lo normal, para después preguntar a sus padres acerca de la neblina que cubría el océano.

—¿Qué hay más allá de estas aguas?

Podría parecer una pregunta con poca retórica y, al mismo tiempo, llena de misticismo y compleja explicación. Pero no

solo se la formulaba un niño de escasos dieciocho años,¹ sino también ancianos e incluso algunos que jamás habían puesto un pie más lejos de una mísera milla océano adentro. Eliese comprendía muy bien al pequeño, por lo que intentó responderle de la mejor forma posible para que las grandes incógnitas de su corta vida no representaran difíciles rompecabezas, sino un pequeño puzle que con el tiempo se iría completando.

—Allá a lo lejos, donde tu mirada ya casi no puede alcanzar, se hallan tierras nunca vistas por nosotros, pero que se encuentran allí, ocultas bajo esa espesa niebla, intactas en la lejanía.

Bredamor, tan joven como era, solo conocía Gou Bur y poco más. Sus padres tampoco habían tenido tiempo para mostrarle más de la cuenta. Su vida se hallaba en el puerto por el momento, y su futuro también. Sin embargo, a un niño todo le parece insuficiente. Ceires tampoco podía hablar demasiado sobre viajes y hazañas y, de explicar al chico sus experiencias, posiblemente no conllevarían emocionantes relatos. Pero sí relató los primeros años de Gou Bur como ciudad pesquera y comercial.

—Parece mentira, pero a veces creo olvidar cómo se fundó; tenía un futuro prometedor. Toda esta gran plataforma de madera, un tiempo atrás, era agua salada y todo lo que vemos en el horizonte será piedra con los siglos. Solo somos espectadores banales del presente, el futuro es incierto para todos —reflexionó Ceires.

El tiempo, un testigo implacable que nunca envejecía. Eliese pensaba lo mismo; el pasado siempre trataba de evocarle lindos recuerdos de cómo conoció a Ceires y la llevó hasta Gou Bur.

—Todo ha cambiado desde entonces. Tus padres ya no viven y los míos están lejos de mí. En cuanto al reparto de las tierras,

¹ La equivalencia de la edad de Bredamor en el mundo real sería de cinco años, aproximadamente.

no nos podemos quejar, puesto que nos ha tocado lo mejor. — Eliese sonrió.

Gou Bur no se llevó la peor parte: una zona alejada, agreste, atada a las raíces del océano y apabullante en derredores de esplendor verde y naturaleza majestuosa. En conclusión, linda para admirar y vivirla. Ceires lo creía así también.

—Entonces, que lo mejor sea duradero y se mantenga así por mucho tiempo, querida. A Bredamor todavía le resta un largo camino de grandes conocimientos para poder comprender y emitir sus primeros juicios —dijo Ceires.

Largas horas pasaban juntos padres e hijo frente a las ventanas del océano Soury, que ofrecía una puesta de sol magnífica, pero no tanto como las de la bahía de los Grandes Senescales, que se describían como maravillas vivientes del mundo entero. Allí, mientras Ceires y Eliese unían sus manos, el pequeño Bredamor no dejaba de correr por las maderas del puerto y tirar piedras al agua, además de imitar a las gaviotas. Los barcos iban y venían; algunos, llenos de comida; otros, de minerales lujosos o de útiles para el transporte. La isla era un mercado continuo abierto a la expansión total. Sin dejar de mirar el océano, con el venir grácil de las olas, los sentimientos también se revolvían, porque el océano despertaba emociones ocultas. Es lo que podría suceder de aquí a un tiempo con Bredamor, descubrir su auténtica personalidad.

El día llegaba a su ocaso y el mar se volvía claro y reluciente con las dos lunas maravillosas que alumbraban la costa. Bredamor, soñaba con la neblina más allá del Soury, su misterio y lo que se escondía detrás. Ya con la noche caída, varios barcos pesqueros regresaban de faenar; el gran faro del puerto los guiaba. Últimamente habían sucedido diversos naufragios que habían promovido miedo entre los marineros. Las razones no se conocían, pero todo indicaba que los tiempos cambiaban y, a su vez, lo hacían las aguas. Criaturas enormes parecían habitar el fondo y sus garras rozaban los brulotes, navíos, barquichuelas... No importaban las dimensiones,

todos caían como aves de presa. Nadie quería hablar de la que cubría y endemoniaba los cielos cada cierto tiempo, pero la estrella podría ser la dueña de las respuestas, a cada cual más horrenda.

Gou Bur se expandió vorazmente, abriendo rutas comerciales por los cuatro puntos cardinales. Una de las más fructíferas se dio con la ciudad costera de Gou Nar, ubicada al norte de la isla Tortuga. Aquello favoreció un desarrollo rápido entre ambas. Quedaba mucho mundo todavía por descubrir, tierras desconocidas que, por suerte o desgracia, sería mejor que siguieran bajo el encanto de su anonimato.